

nerse unas lágrimas en las mejillas, para que se vean al volverse y levantar la cabeza en el momento final.

Ha de cantar con los ojos medio cerrados.

MUR.—Y a los asperos, otro día. Ahora.

(Matis los cuatro por izquierda.)

terno acuden a socorrerlo.)

LAV.—Supongo que desahogado, nada más...

CAR.—No respira... ¡Sangre! ¡Socorro! ¡So-

CAR.—(Apoyado en el pie y con el alma

consciente de cuanto allí sucede, cantando.—) Oí-

GAL.—Canta, Carallo, canta. Mismo como

un rey eres ahora y como un serafín... 2. OZON

CAR.—¡Da tu voz no es lo mismo que mi tocos

TELON

de Lorenzo Carballo procurara, durante la pelea, po-

CAPÍTULO SEGUNDO

Una habitación en la casa de la Troya. Es de noche. Al foro, centrado, un gran balcón de hierro labrado. En las paredes, retratos pequeños de mujeres. En un lienzo, un dibujo tosco de mujer, hecho por un estudiante que pinta de oído... Un gran cartel anunciando el Año Santo, Jubileo y fuegos del Apóstol. Una cama, una palangana, una consola con un quinqué, y una mesa cubierta con una manta de viaje y en donde armaron la timbirimba.

ESCENA PRIMERA

MANOLO, tumbado en la cama, estudiando. SAMOIRO talla, apuntando BARCALA, MADEIRA y PITOUTO. LA VOZ DEL SERENO, en la calle.

SAMO.—¿Juego?

BAR.—Juega de una vez. No seas pesado, Samoero.

SAMO.—Pues va. Una al cinco...

PIT.—¡Dos!

SAMO.—La otra carta ya estaba vista.

BAR.—Bueno, una al cinco.

Mas conste, imbécil Samoeiro,
que tú no tienes razón
y en la pública opinión
te quedas por un larpeiro.

SAMO.—¡Si me insultáis, se acabó el juego!

MAD.—(Echando mano a los cuartos).—¡Pues
venga mi postural

PIT.—¡Y la mía!

SAMO.—Cuidado, ¡ehl!

MAD.—(Agarrándole amenazador).—¡Cuida-
do con qué?

SAMO.—(Gritando).—¡Doña Generosa!

PIT.—¡Calla!

SAMO.—¡¡Doña Generosa!!

BAR.—¡Calla, cobardel! ¡No llames en tu auxi-
lio a una mujer!

SAMO.—¡Es que me roban!

MAD.—Suprime las indirectas, ¡o te tragas un
libro!

BAR.—¡Eso haremos por villano!

Suprimes las indirectas
o te tragas las Pandectas

y además a Justiniano.

Trae a Justiniano, Manolo.

MAN.—Dejadme estudiar, que mañana tocan

las eximentes y son muy difíciles. (Repitiendo
de *carrefilla*). «Octavo, no delinquen y por con-
secuencia están exentos de responsabilidad... no
delinquen y por consecuencia están exentos...»

MAD.—Sigue tallando, *ostrógodo*.

SAMO.—Si he dicho eso por equivocación una
vez, ahora ya sé que son *ostrógodos* y no hay
por qué echarlo en cara a todas horas.

PIT.—¡Al entres, pelouro!

SAM.—Bueno. Una al cinco... dos... salto... el
cuatro.

BAR.—¡Ladrón! ¡Mala centella te coma! Que
con seis cochinas pesetas tienes ya ocho duros.

SAM.—Lo bonito sería que perdiera, ¿verdad?

BAR.—Préstame dos reales.

SAM.—¿Para que juegues contra mi? No deli-
res, Barcalita...

BAR.—(Alejándose indignado).—¡Eres un mi-
serable, Samoeiro!

MAN.—¿Qué hay abajo, Pitouto?

PIT.—Rey, dos.

MAN.—Caen tres perros sobre el rey.

SAM.—Ponlos.

MAN.—¡Hombre!

SAM.—Boquillas no, Manolo.

MAN.—Haz favor, Casimiro. En el chaleco.

13823

BAR.—(Después de registrar.)—En el chaleco no hay más que dos botones.

MAN.—Pues se habrán caído los otros... porque tenía seis. Mira a ver si los puse en la americana.

BAR.—Recuerda que los pusiste a la sota. ¡Aquella sota desgraciada y de infeliz memoria!

MAN.—Bueno... «No delinquen y por consecuencia están exentos de responsabilidad...»

SAM.—Tiro... ¿o qué?

BAR.—Tira, sí. De una carreta.

LA VOZ DEL SERENO.—¡Ave María Purísima! ¡Las diez! ¡Y lloviendo!

ESCENA II

Dichos, GERARDO y AUGUSTO, por izquierda, de impermeables.

GER.—Nobles estudiantes y nobilísimos timberos... ¡ahí va un cohete! Don Servando ha pasado lista.

MAN.—(Brincando.)—¡Caray! ¡Precisamente hoy que no he podido ir a clase!

AUG.—Precisamente.

MAD.—¡Pues nos ha reventado!

GER.—No, a ninguno; pero en cambio le ha puesto seis cruces a Perico Seoane.

BAR.—¿Cómo que seis?

GER.—¡Seis!

AUG.—¡¡Seis!!

BAR.—Pero ¿por qué?

GER.—Porque respondió «Servidor...»

BAR.—¿Pues qué iba a contestar si no?

GER.—Quiso aprovecharse de que don Servando es un poco cegato, y con la honrosísima intención de salvarnos fué respondiendo por todos nosotros. Leía don Servando: «Augusto Armero...» y Perico contestaba: «Servidor...» «Casimiro Barcala...» «Servidor...» «Manuel Casás...» «Servidor...»

MAN.—¡Pero eso es sublime! ¡Eso es magno! ¡Eso es una eximentel!

GER.—Pero a la cuarta o quinta vez se olió la triquiñuela nuestro venerado catedrático, y al decir: «Marcelino Bahamonde...» «Servidor...» se le encara poniéndose los lentes... «Hágame el obsequio de bajar... más cerca... más cerca... ¡Fué un momento trágico! «Conque servidor, ¿eh? ¡Pues me va usted a servir, señor contestón universal! ¡Le voy a poner seis crucecitas! ¿sabe? que con las otras seis que ya adornan su nombre de usted en mi lista, hacen doce, que es el límite de la tolerancia! A la primera falta se quedará

17823
3284

usted para Septiembre. ¡Vuelva usted a su sitio, servidor!

MAN.—¡Pero ese hombre es un mártir del compañerismo y de la amistad!

SAM.—¿Tiro... o qué?

BAR.—¡Eres un vil, Samoeiro! No te pones jamás a tono de un sentimiento elevado.

AUG.—¿Qué hace esa fieraf

MAD.—Pelarnos, como siempre.

AUG.—Ahora lo vamos a ver. ¿Qué se dan, Pitouto, mayores o menores?

PIT.—No llevo cuenta.

AUG.—Tú, Madeira, ¿qué se dan?

MAD.—Disgustos. Ya te dije que nos pela.

BAR.—¿Qué hay, tú? ¿Y el encantino del Preguntoiro?

GER.—No la he visto... ni lo intento.

BAR.—Pues el noviazgo lo dan por comido, después de aquel acto heroico del Puente Pedriña.

GER.—*(Riendo para quitarle importancia.)*

En que me zurraron. Y después de aquella romántica herida que te curó con sus manos y te vendó con su mismo pañuelo.

GER.—Un rasguño, que ni señal ha dejado,

pero del que vosotros no me permitisteis curar en quince días.

BAR.—Para que resultaras más interesante. ¡Aquí le sabemos hacer las cosas muy bien!

GER.—La verdad es que vosotros habeis cambiado mi espíritu. Vine de Madrid con rabia, entré en Santiago con horror... y a los cuatro meses ya estoy contento, ya estimo un poco las grandiosas bellezas de Compostela, y comprendo y me llegan las hermosuras de estos campos y de este cielo.

BAR.—Es la tierra, que se le entra a uno por el alma. Y el encantino.

GER.—Te juro que no hay nada.

BAR.—¿Que no hay nada? Estate por ahí, que ya te llamaré. Y a otra idea interesantísima. ¿Me puedes dejar dos duros para ver si me desquito?

GER.—Sí, hombre, sí.

BAR.—Ese canalla de la Puebla de Bröllón, ese vil Samoeiro, nos hace la barba en seco.

GER.—Pues anda con él.

ESCENA III

Dichos, PANDURINO, por izquierda

PAND.—Buenas noches...

BAR.—(Abrazándolo.)—Buenas noches, gran Panduriño.

AUG.—¿Traes el cornetín?

PAND.—No...

AUG.—Pues te puedes largar.

PAND.—Eso no es más que en verano y por las ferias y las romerías, pero si me lo mandáis también será aquí, Augusto, que os debo tanto favor que no me puedo negar a nada de lo que dispongáis de mí.

AUG.—No, hombre; era una broma.

BAR.—Ven siempre que tú tengas ese afán, que aquí te acogemos con cariño porque eres bueno y tierno como el pan, Pan... durriño.

MAN.—(Indignado.)—¡Que lo maten! ¡que lo maten! No a destierro ni a la cárcel, no... ¡a la horca!

BAR.—¡Envidioso! Qué más quisieras tú que una Musa como la mía...

GER.—¿Qué traes por aquí?

PAND.—Siempre con peticiones... A ver si tenéis un poco de papel blanco para terminar de poner en limpio los apuntes de hoy.

GER.—En mi cuarto hay dos cuadernos. Te los regalo.

PAN.—Eso es mucho, Gerardo...

GER.—Yo no he de copiar ninguna lección... de manera que realmente no me sirven de nada.

PAND.—¡Pues muchísimas gracias!

GER.—Aún soy yo con creces tu deudor, que no has querido cobrarme por tus servicios facultativos cuando me largó el estacazo aquel bruto del Muineiro.

PAND.—¿No hablarás en serio...? Aquello no valió la pena...

BAR.—Al contrario, debías guardarle rencor, porque te ofendió despiadadamente.

PAND.—¿Yo? ¿Ofendí yo al señor Roquer?

BAR.—¡Vaya! Después de reconocerle, ¿no me dijiste tú que Gerardo no tenía nada en la cabeza? ¡Ya ves qué idea formó de tí!

PAND.—Yo me refería a lesión grave...

GER.—No les hagas caso. ¿Aún no acabaste de conocerlos? Te estoy muy agradecido y muy obligado, Panduriño.

PAND.—Yo a ti, yo a ti... y a todos.

GER.—Quédate un rato a probar fortuna, a ver si desbancamos a Samoeiro.

PAND.—En eso me dispensas... ¿verdad? me dispensas. Ya me gustarían las diversiones... como a cualquiera... pero no se han hecho para mí.

Si malograra una hora de estudio con la licenciatura encima, para el año próximo, y no me llevara el premio... tendría que pagar los tres mil reales del título... ¡qué horror, Dios mío, qué horror...! y luego comprarme un estuche de cirugía, de los medianitos ¡claro!, de esos surtidos, de almacén... pero que siempre son ochenta o cien duros... ¡¡qué horror, Virgen de la Esclavitud, qué horror!! Y no hay más remedio que comprarlo para ejercer la profesión en un pueblecito cualquiera... ¡Voy a estudiar, voy a estudiar! ¡Me dispensas, verdad, me dispensas...? ¡Jugar dices? ¡Yo jugarme un real... y la vieja comiendo borona solamente? ¡Si esa maldad hiciera, el demonio se había de reír mucho de mil Dispensadme, dispensadme...

(Mutis.)

ESCENA IV

Dichos, menos PANDURRO

AUG.—La tragedia...

GER.—Sí, la tragedia... Hoy escribo a mi padre contándoselo escuetamente, sin un comentario. Y como lo conozco, y puede, veremos lo que tarda en venir de Madrid un buen estuche de cirugía.

BAR.—Es una buena acción, Gerardiño. Y una buena acción predispone a la Divinidad en favor de los hombres. Tú verás cómo ahora le ganamos los cuartos a Samoeiro.

GER.—Vamos a verlo.

BAR.—(Acercándose tonante.)—¡Juego! Dos reales a ese precioso animal que galopa a la derecha.

SAM.—Boquillas no, ya lo sabes.

BAR.—¿Y quién le ha dicho al señor Samoeiro, al estultísimo y errado señor Samoeiro, natural de la Puebla de Brollón, que yo, Casimiro Barcala, vecino acomodado de Santiago, juego de boquilla?

(Y tira arrogante un duro.)

SAM.—Así, muy bien.

BAR.—Marca los dos reales del ala al caballo.

SAM.—No, no. Cambiaré para evitar discusiones y líos. Toma. Dos reales, y cuatro más dos perros gordos que me debías...

BAR.—No recuerdo...

SAM.—Por eso cambio: porque después no recuerdas...

GER.—¿Puedo jugar yo?

SAM.—Con mucho gusto.

GER.—Entonces, puesto que hay banca, ponme

ese billete al siete y ese duro de salto al dos.

SAM.—¿Qué marcan?

GER.—Su valor.

SAM.—(Espantado.)—¿Va entero el billete?

¿Entero?

GER.—Enterito.

SAM.—Es que aquí le jugamos para entreternos... ¿sabes?

GER.—Lo mismo que yo.

SAM.—Pero es que si aciertas las dos cartas me desbancas.

BAR.—¡Ay! ¿Y luego tú qué querías, parvulino, ganar y no perder nunca? ¡Estate por ahí, que ya te llamaré!

MAD.—¡Apunta los seis pesos y calla, ostrógodo!

SAM.—Os advierto que si me insultáis dejo la banca ahora mismo.

AUG.—¿Qué vas a dejar, /hom/ tú aguantas ahí mecha hasta que des las tres de última!

BAR.—Eso no tiene duda.

Tú aguantas ahí, como hay Dios, hasta que las tres nos des, y si tú no das las tres te daremos a ti dos.

Dos piñas en los morros. Ten la idea presente aunque no pude meterla en el verso.

PIT.—No hay más remedio.

MAD.—Y ahora me pasas aquellos tres perros gordos de la señora sota al señor caballo. Y éstos otros dos... ¿a qué carta apuntas abajo?

GER.—Al siete.

MAD.—Pues van al siete. Es liquidación de existencias... si pierdo. ¡Pero no hay pavor en este corazón...! y además ganaré porque voy contigo, y punto de la calle punto seguro.

BAR.—¡Y más es verdad! Mira, Samoeiro, pásame mi postura al siete.

PIT.—Y la mía.

AUG.—Y la de un servidor, con este montoncito de perros, arréala para la misma aula.

BAR.—Y este duro refulgente añádelo al siete ya inmediatamente.

SAM.—No va más. ¿Juego?

MAN.—¡Juego y ol juego! Una peseta cae al mismísimo siete en cuestión.

SAM.—Poula.

MAN.—¿Que la ponga? ¡Parece mentira que tengas esos despotismos con un compañero.

SAM.—Entonces no va nada.

MAN.—Negocio, Samoeiro. Se presenta negocio. Véndote la corbata.

SAM.—¿Cuánto?

MAN.—Seis pesetas. Cinco...

SAM.—Una.

MAN.—¡Ladrón! ¡asesino de corbatas! Dame dos.

SAM.—Una.

MAN.—Bueno. Ponga al siete.

SAM.—Pero venga antes la prenda.

MAN.—Llévasela, Pitouto. ¡Y permita Dios que se destinal

SAM.—(Guardándose.)—¿Tiro?

BAR.—Atrea. Tres... as... cinco... ¡sietel! ¡Viva el siete! ¡Viva el excelentísimo sietel!

TODOS.—(Menos Samoeiro, ¿eh?)—¡Vival

SAM.—(Pagando.)—Cinco duros... un duro... una peseta... seis perros...

PIT.—Cuenta bien, Samoeiriño...

SAM.—(Espantado.)—¡Hay embuchadoll

PIT.—Sí, señor: una dulcísima peseta...

SAM.—¡Pero es que ya se dijo que no valían los embuchados!

BAR.—Paga y calla, que tenemos mucha prisa.

SAM.—(Resignado.)—Bueno... bueno.

MAN.—Samoeiro. Rescate de cautivos. Te recompro la corbata.

SAM.—Bueno. Seis reales.

MAN.—¡Ladrón!

SAM.—Estoy perdiendo...

MAN.—Aguardaré a que pierdas más. «...e... e... exentos de responsabilidad: primero, los imbeciles y los locos... el que obra por miedo insuperable... insuperable...»

(Acude al libro porque ya no recuerda.)

ESCENA III

Dichos. NIETO, por izquierda, con paraguas medio abierto.

NIETO.—¡Troyanos! ¡Arda Troya!

AUG.—¿Qué pasa, Nieto?

NIETO.—¡Arda Troya, digo! ¡Vengan a mí los troyanos leales!

(Todos acuden recogiendo sus dineros.)

MAD.—Ya ardemos. ¿Qué ocurre?

NIETO.—Pasado mañana salen de tuna los de Farmacia, pero vuestro insigne director no puede consentir que nadie pise el terreno a la facultad de Derecho y mañana mismo salimos nosotros. A las once he citado aquí a los de la Vizcaína para ensayar un poco.

MAN.—¿Pero es fijo que salen los de Farmacia? ¿Cómo lo supiste?

NIETO.—Como sé yo todas las cosas. A fuerza de dinero.

AUG.—Sí; esa es tu fuerza, Nietiño.

NIETO.—En cambio no tengo otra... Sospechaba que se reunían a la chita callando en una casa de Cornes, y para cerciorarme llamé a un rillote—un pillete de la calle—que me sirve para mis correrías, y le dije: Cañotas...

BAR.—*Cuyamente*, éste es Cañotas.

BAR. NIETO Y AUG.—Que con su trato sencillo nos da lustre y nos da brillo, pues *limpa* muy bien las botas.

NIETO.—El mismo. Y le dije: Ahí tienes quinientas pesetas. Averigua lo que hay de verdad y a la vuelta te daré otras tantas. Por cierto que no llevaba cambio bastante y le quedé a deber unos cientos de pesetas. Nada.

SAM.—¡Pero no es verdad que hayas dado ese dinerol...

AUG.—El que lo dudes—solamente dudarlo—te coloca una vez más entre los percebes. ¡A echar, Samoeirol!

NIETO.—Programa definitivo. Primero: me prestaréis quince cochinos reales para sacar del poder de los infieles mi flauta adorada.

GER.—Sí, hombre.

NIETO.—No creo adecuado dirigiros con la papeleta.

GER.—Ahí va un duro.

NIETO.—Gracias, Mecenas. ¿Será bueno?

GER.—¡Claro!

NIETO.—Dispensa la pregunta... pero es que para mí no está jamás claro esto de los duros...

PIT.—Yo necesitaré comprar unas cuerdas para la guitarra.

BAR.—Tengo yo.

PIT.—¿Tienes tú?

BAR.—Sí, las del baúl. Si te sirven...

PIT.—¡Para ahorcartel!

GER.—Se comprarán, Pitouto.

AUG.—Mañana, como primera salida, iremos únicamente á dar serenata a lo más escogidito y á lo mas preciosísimo de la localidad.

BAR.—¡A Moncha divina!

AUG.—A Ramona Lozano. Un nombre vulgarote y feo; pero aquí hasta lo feo se embellece, y la prosaica Ramona es Moncha divina.

BAR.—Ahora le andamos reñidos, ¿sabes? pero hemos de hacer las paces porque está muerta por mis pedazos.

AUG.—Rebaja algo...

BAR.—Nada. Es precio fijo.

AUG.—Bueno; iremos a cantarle a Moncha, pero antes de todo no puede faltar la serenata a don Servando.

GER.—¿Lo contáis entre las preciosidades?

AUG.—¡Ya lo creo! Es el primer amor de los estudiantes. ¡Un catedrático que no suspendió a nadie jamás! ¡Un santiño!

BAR.—Como lo oyes. Un santiño, y la primera estudiantina va al pie de sus balcones.

GER.—Pero pone faltas...

AUG.—Y en los exámenes, conforme le vamos contestando disparates, él pinta en su lista, al lado del nombre de cada alumno, unas orejas de burro, y a medida que aumentan los disparates él nos aumenta el tamaño de las orejas... ¡Las hubo que necesitaron dos pliegos de papel! Pero luego vienen las notas, y aprobados todos. ¡Un santiño! ¡Viva don Servando!

TODOs.—¡Vival!

BAR.—Luego á la novia de éste, luego a la mía y a la de esta canalla.

GER.—Pues yo quería pedirlos un favor... Ya que vais a ir a muchos sitios, si no os molestara el dar serenata en uno más...

AUG.—(Abrazándole.)—¡Caíches, Gerardiño!

BAR.—(Abrazándole.)—¡Te pescaron las galleas, madrileño!

SAM.—¡Mi enhorabuena!

GER.—No, no. Palabra de honor que no hay nada... Es solamente que deseo pagar de algún modo una deuda de gratitud, porque hace tiempo, en una visita al señor Castro, la señorita Carmiña fué tan amable...

AUG.—No te pongas cursi. No se dice la señorita Carmiña, se dice el encantio del Preguntoiro.

GER.—Bueno...

AUG.—Pues a decirlo.

GER.—El encantio fué tan amable que me dió a conocer unas hermosísimas canciones del país... *Os teus ollos... Ondiós a Mariquiña...*

BAR.—Pues corresponderemos a esas canciones con las nuestras, ¡y ya verás con qué entusiasmo... y con qué desafinación las cantamos! Hay cada voz en la tuna que mete miedo, y una libertad de oído para llevar el compás que aún mete más miedo todavía; pero eso no importa, porque ya quedamos citados para encontrarnos en el calderón... y allí nos reunimos.

NIETO.—Es buen sitio...

BAR.—A propósito de voces. No te sorprendas cuando le demos serenata a la del correspondiente, si me ves a tu lado y empiezo a gritar: Gerardol... ¡Ay, Gerardol... ¡Roquer!

GER.—¿Y para qué vas a dar gritos poniéndote a mi lado?

BAR.—Para que lo oiga ella, ¡burrol, y se entere bien de que eres tú el del obsequio.

GER.—Muchas gracias... y después cenaremos. Os convido.

MAD.—No. Te llevaremos la capa, pero gratis.

GER.—¡Os juro que no es eso!

BAR.—Ya está dicho. Iremos a berrear artísticamente en el Preguntoiro.

NIETO.—Hombre, Barcala, eso de berrear es ofensivo.

BAR.—Ya sabes que nos lo dijeron en letras de molde. Un periódico escribió: «esos muchachos de la casa de la Troya, cuando van de estudiantina cantan con toda su alma». Y otro periódico lo comentó diciendo: «Es verdad, pero ojalá, para los oídos ajenos, que no cantaran más que con el alma»...

NIETO.—Envidias...

AUG.—Pero antes, señor don Gerardo Roquer, antes de que nosotros cantemos un alalá o una foliada, va usted a cantar la gallina.

GER.—¡Yo!

AUG.—Sí, riquiño, sí. Tú has dicho que las gallegas son pavas y sosas; tú has dicho que son

presumidas e infatuadas, y ahora mismo, ahora mismo te vas a desdecir.

GER.—Con mil amores y confieso...

BAR.—¡No, no! Sirvase contestar según fuera preguntado. ¿Jura en su alma y por su honor decir verdad?

(Forman tribunal para juzgar a Gerardo.)

GER.—(Solemne, pero sonriente.)—Sí, juro.

BAR.—Pues conteste. ¿Hállase el procesado sinceramente arrepentido de las bellaquerías que formuló contra las galleguiñas y de su injusto desdén contra la tierra meiga de Galicia?

GER.—Hállome...

AUG.—Responda, pues, en consecuencia. ¿Qué es lo mejor del mundo?

GER.—España.

AUG.—De España, ¿qué?

GER.—Galicia.

AUG.—¿De Galicia?

GER.—Santiago.

AUG.—¿Y de Santiago?

GER.—La catedral...

BAR.—Tiene razón artística el procesado, pero ahora no le estamos para catedrales.

MAN.—(A media voz.)—El Preguntoiro...